yendo por María, será la obra, no tuya, sino de María en ti, y será, por consiguiente, muy levantada y muy digna de Dios (1). Guárdate bien de hacerte violencia para sentir y gustar lo que dices y haces: dílo y házlo todo con la viva fe que María tuvo en la tierra, y que a su tiempo ella te comunicará. Déja a tu Soberana, pobre esclavillo, la vista clara de Dios, los transportes, los gozos, los placeres, las riquezas, y no tomes para ti más que la fe pura, llena de disgusto, de distracciones, de fastidio, de sequedad. Di *amén* (así sea) a todo lo que hace en el cielo María, tu Soberana. Nada mejor puedes hacer por ahora (2). Cuidado con atormentarte porque no gozas tan pronto de la dulce presencia de la Santísima Virgen. No es para todos esta gracia.... y cuando, por su gran misericordia favorece Dios con ella, muy fácilmente el alma la pierde, si no es fiel en recogerse con frecuencia. Si tal desgracia te ocurriere, vuélvete dulcemente a tu Soberana y cánta tu culpa.

(1) No significa este aviso que no pueda uno dirigirse directamente a Nuestro Señor, para contemplarle, rogarle, etc...., ni que a cada acciòn se deba pensar *actual y distintamente* en la Santísima Virgen, porque si bien el B. Montfort nos ha dicho, que un acto de ofrecimiento o de consagraciòn, aun renovado cada mes o cada semana (y puede añadirse cada dia), si no es más que un *acto* pasajero, no nos arraiga en el espíritu de esta devociòn, que es *hábito;* pero también observa aquí, que este mirar a María, no es más que una mirada general e imperceptible, y es claro que para eso la intenciòn virtual basta.

(2) Instrucciòn muy útil para los principiantes que, si no tienen gustos sensibles, se figuran que no hacen nada que valga. Recuérdales el Beato, que la unión con Dios se hace por un acto de la voluntad. Ya nos ha dicho en la *Verdadera Devoción*, que este acto puede ser solamente interior, o bien expresado con algunas palabras, y que puede practicarse en un abrir y cerrar de ojos. La oraciòn a María, que puede verse más adelante, nos hace pedir el despego de los gustos sensibles.

REPUBLICA DE COLOMBIA—(BOGOTÁ)

LA IGLESIA

Organo oficial de la Arquidiócesis de Bogotá

Año XI. Vol. XI. Junio 15 de 1916. Números 9 y 10

PASTORAL

NOS BERNARDO HERRERA RESTREPO

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo de Bogotá, Primado de Colombia, Prelado Doméstico de Su Santidad, Asistente al Solio Pontificio, etc.

Al venerable clero secular y regular y a todos los fieles de nuestra Arquidiócesis, salud y bendición en Nuestro Señor Jesucristo.

Una vez más os dirigimos la palabra, carísimos hermanos, para excitaros a celebrar, como lo piden vuestra fe y devoción no desmentidas, las fiestas del SANTISIMO SACRAMENTO y del SAGRADO CORAZON DE JESUS.

Bien pudiéramos en esta ocasión hablaros de asuntos que requieren severísima desaprobación de parte nuéstra, porque amenazan y ponen en peligro los más caros intereses de Cristo y de su Iglesia, que son los de las almas y los de la sociedad humana, ofendida hoy en sus creencias y costumbres religiosas con la

difusión de perniciosos errores y de ejemplos corruptores, por medio de la prensa que ataca la doctrina y la moral católicas y se empeña, además, en desvirtuar la autoridad docente de la Iglesia, ultrajando al Pontífice Romano, a sus Representantes en otros países americanos, y a los Prelados, puestos por Dios para enseñar y regir a los fieles de Cristo. Tiempo vendrá en que habremos de cumplir, como lo hemos hecho ya, con el deber de aplicar, en debida forma, las penas y censuras eclesiásticas a quienes, escudándose con fingidas aunque reiteradas y públicas protestas de adhesión a la Iglesia católica, combaten la doctrina divina, y siguen la práctica protestante, sustituyendo las decisiones del magisterio infalible en el criterio privado, en materias religiosas o morales y en las que están íntimamente ligadas con éstas. La Santa Sede ha hablado suficientemente claro sobre el particular, y ya nadie puede alegar ignorancia, en relación con las diversas teorías condenadas bajo el nombre de *modernismo*.

Pero lo que intentamos ahora es, carísimos hermanos, recordaros la dulce y sagrada obligación que tenemos de adorar, alabar y rendir homenaje a Jesucristo, como Pastor de nuestras almas, como Rey pacífico y como Príncipe de la paz, según le llaman los autores inspirados. No olvidemos que El nos ha dado la vida, nos

enseña el camino de la salvación y nos entrega en la sagrada Eucaristía todos los tesoros de su amoroso Corazón. ¡Con razón que diga ser El, pan de vida eterna!

Beneficios tan señalados han de encender y acrecentar la caridad en los fieles, y han de llevarlos al pie de los altares, en donde el divino Salvador reside verdadera, real y sustancialmente. Allí está el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo: allí es donde debemos llorar nuestras culpas, implorar perdón y misericordia, y pedir el inapreciable dón de la paz de la conciencia.

¿Quién no se estremece de horror al considerar la desventurada condición del mundo en la época actual? Ah! la espantosa guerra que está consumiendo la vida civil de las naciones combatientes, destruye en ellas, día por día, las industrias, las riquezas y el bienestar. Este desconsolador espectáculo nos hace suspirar, es verdad, por la tranquilidad de la paz; pero hemos de tener por muy cierto que la paz no es duradera ni provechosa, sino en tanto que se reconozca realmente a Jesucristo como Rey pacífico de los pueblos. Así nos lo dejó dicho El al partir de este mundo: *mi paz os doy, mi paz os dejo; no os la doy yo como la da el mundo* (1).

(1) Joan. XIV, 27.

Para no desmerecer esta gracia, necesitamos cooperar a su adquisición, y de modo especial están obligados a ello quienes han recibido de Dios, talento no común, vasta ilustración, cuantiosa fortuna, en una palabra, cualidades que les hacen aptos para guiar por el camino del bién a la sociedad religiosa, civil y política. Es menester, asimismo, buscar el apoyo de los elementos sanos para realizar fácil y fructuosamente los fines que pretendemos como cristianos.

Cesen, pues, esas batallas de la pluma que se libran en libros, folletos y periódicos, y que mancillan el honor de los individuos o de las familias; que hieren, casi siempre de muerte, la inocencia de las almas; que dan ocasión a crímenes inauditos; que despedazan el amor fraternal y destruyen el imperio de la caridad de Cristo, quien nos enseña que somos hijos de un mismo Padre que está en los cielos.

Esa caridad, personificada en Jesucristo, nos invita a reformar la vida, con ocasión de las próximas solemnidades. No desoigáis, carísimos hermanos, la voz del Redentor divino, acercáos a El para purificar vuestras almas; haced dulce violencia a su Corazón pidiéndole nos conserve la paz, nos dé fuerzas para perseverar en el fiel cumplimiento de nuestros sagrados deberes, y poder así glorificar a Dios Padre Omnipotente, y lograr un día la paz que se fùnda en la verdad, se perfecciona con la caridad y se perpetúa para siempre en la eternidad. Así sea.

A fin de fomentar la devoción de los fieles a Jesucristo Nuestro Señor, disponemos:

1.° Excítase a todos los fieles a que purifiquen su conciencia y reciban la comunión en los días comprendidos desde la fiesta de CORPUS hasta la del SAGRADO CORAZON DE JESÚS.

2.° Invítase a los habitantes de Bogotá a celebrar la fiesta de CORPUS, iluminando las casas el 24 de junio por la noche y adornándolas con flores y coronas el día 25.

3.° Invítase a los católicos de la ciudad y de las parroquias de nuestra Arquidiócesis, a la procesión del Santísimo Sacramento, a la que asistirán con respeto, orden y compostura.

4.° Invítase a los fieles al octavario del Santísimo Sacramento que celebraremos, según costumbre, en nuestra Santa Basílica, y a la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús en la cual se renovará el *Voto nacional* y la *consagración* al mismo divino Corazón.

5.° De acuerdo con lo prescrito por Nuestro Beatísimo Padre el Papa Pío X, en decreto del 22 de agosto de 1906, en todas las parroquias se renovará, según la fórmula acordada, la consagración al Sagrado Corazón de Jesús, el día en que se celebre la fiesta.

6.° Recomiéndase nuevamente a los sacerdotes de nuestra Arquidiócesis, la celebración solemne del mes del Sagrado Corazón de Jesús, así en las iglesias parroquiales como en las capillas de comunidades religiosas, colegios, etc., observando lo ordenado por la Sante Sede, para ganar las indulgencias concedidas.

7.° Excítase de nuevo a los fieles para que contribuyan con limosnas para la conclusión de la iglesia del SAGRADO CORAZON DE JESUS, de manera que pueda verificarse la solemne dedicación de este templo, lo más pronto posible.

8.° Celébrese en los días 22, 23 y 24 de junio el Triduo de que habla la Circular de la S. C. de Indulgencias, de fecha 10 de abril de 1907. Delante del Santísimo Sacramento expuesto se recitará la siguiente oración prescrita en la mencionada Circular:

¡Oh dulcísimo Jesús! que viniste a este mundo para enriquecer a todas las almas con la vida de tu gracia y, a fin de conservarles y acrecentarles esta vida, te das a Ti mismo en el augustísimo Sacramento de la Eucaristía, como medicina saludable que cure sus enfermedades y manjar divino que sustente su debilidad; rogámoste humildemente que derrames benigno sobre ella tu Espíritu Santo, con cuyo auxilio las que estuvieren manchadas con la culpa mortal se conviertan a Ti y recuperen la vida de la gracia perdida por el pecado; y las que por tu misericordia están ya unidas contigo, se lleguen diariamente, según que les sea posible, a tu celestial banquete, donde hallen antídoto contra las faltas cotidianas, crezcan en la vida de la gracia y, purificándose más y más, alcancen la sempiterna felicidad.—Amén.

9.° Dése un repique general en todas las iglesias el sábado 24 de junio, a las 12 del día, a las 6 de la tarde y a las 9 de la noche.

La presente Pastoral será leída en todas las iglesias, el domingo después de recibida.

Dada y firmada por Nós, sellada con nuestro sello y refrendada por nuestro Secretario, en Bogotá, el ocho de junio de mil novecientos diez y seis.

✠ BERNARDO
Arzobispo de Bogotá

CARLOS CORTÉS LEE *Secretario.*

Carta del Excelentísimo Señor Delegado Apostólico

AL ILMO. SEÑOR ARZOBISPO DE MEDELLÍN

Delegazione Apostolica di Colombia—Número 25
Bogotá, marzo 26 de 1916.

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor:

En conformidad con los deseos qué Vuestra Señoría Ilustrísima expresó en carta del 10 de noviembre último, la Delegación Apostólica se apresuró a remitir a la Santa Sede, junto con el respectivo decreto de condenación expedido por Vuestra Señoría Ilustrísima con fecha 5 del mismo mes, el libro intitulado *Colombia Constitucional*, obra publicada en Medellín por el doctor Moreno Jaramillo, precedida de una introducción del doctor Carlos E. Restrepo, expresidente de Colombia, destinada por su autor a servir de texto en las universidade colombianas.

Tengo el gusto de significar a Vuestra Señoría Ilustrísima que el uso legítimo que hizo de su derecho al prohibir el mencionado libro, ha proporcionado a la Santa Sede una nueva y laudable prueba del celo de Vuestra Señoría Ilustrísima en el desempeño de su cargo episcopal y en la observancia de las disposiciones conte-

nidas en el *Motu proprio Sacrorum Antistitum* de Su Santidad Pío X.

El decreto de Vuestra Señoría Ilustrísima es legítimo y oportuno, no solamente por lo que respecta a la disciplina eclesiástica, sino también en virtud de las disposiciones especiales que rigen en Colombia y que tienen fuerza de ley eclesiástica y civil. Es pues evidente que Vuestra Señoría Ilustrísima en fuerza del artículo 13 del Concordato, que confiere al Ordinario amplio derecho de vigilar los institutos de enseñanza y revisar los libros de texto, *quoad ea quae fidem doctrinam morumve spectant,* no podía, ni debía dejar de condenar, como lo hizo, el libro referido.

Aprovecho la oportunidad para repetirme con sentimientos de consideración y aprecio de Vuestra Señoría Ilustrísima, atento, obsecuente servidor y hermano afectísimo,

✠ ENRIQUE
Arzobispo de Sebaste, Delegado Apostólico.

Al Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo de Medellín.

Concuerda con el original.

✠ MANUEL JOSE
Arzobispo de Medellín

ALOCUCION

DEL SUMO PONTIFICE A LOS PREDICADORES CUARESMALES DE ROMA EN EL AÑO 1916

Al Obispo que, según costumbre laudable, asiste en su catedral a la primera predicación de la cuaresma, se presenta el orador sagrado para pedir la bendición, y el Obispo la imparte con las palabras que la Iglesia pone en sus labios: *Dominus sit in corde tuo et in labiis tuis, ut digne, competenter et fructuose annunties Evangelium suum.*

No nos será dado asistir a las predicaciones que en la próxima cuaresma haréis, amadísimos hijos, en esta ciudad de Roma. Y justamente por esto habéis querido presentaros al Obispo de Roma, como para pedir anticipadamente la bendición; Nós procuraríamos en vano expresar toda la satisfacción que experimentamos al acceder a vuestros anhelos. En verdad, no sólo nos es grato daros público testimonio de benevolencia, ya que habéis sido elegidos y aprobados por nuestro Cardenal Vicario para predicar en Roma, sino que deseamos que nuestra bendición haga fecundo en gracias el ministerio que vais a desempeñar en favor del pueblo romano, unido a Nós por especiales vínculos. ¿Cuál deberá ser la fórmula de nues-

tra bendición? No otra ciertamente que la usada por el Obispo para bendecir en su catedral al predicador de la cuaresma, pues Nós queremos también decir con la Iglesia a cada uno de vosotros: *Dominus sit in corde tuo et in labiis tuis, ut digne, competenter et fructuose annunties Evangelium suum.*

Es fácil comprender que esta fórmula de bendición contiene una exhortación y un augurio: y Nós preferimos insistir principalmente en el augurio, porque creemos superflua la exhortación. Empiézase augurando la permanencia del Señor en el corazón del sacerdote destinado a predicar el Evangelio: *Dominus sit in corde tuo.* Si la bendición no fuera dada a quien puede gloriarse públicamente de la estima en que es tenido por sus Superiores, ya que ha recibido de ellos el delicado encargo de predicar al pueblo la palabra divina, en esta primera parte de la bendición podría parecer que se amonestaba al predicador para que se revistiera de la virtud de Jesucristo antes de predicarla a los demás. Bien se nos alcanza que los sacerdotes encargados de predicar en Roma en la próxima cuaresma, no sólo están sino que aparecen tan provistos de la virtud propia de su estado, que de cada uno de ellos se debe decir: *Sacerdos alter Christus.* Puede asimismo interpretarse el augurio, entendiendo que la gracia del Señor

habrá de crecer siempre en el sacerdote a quien se da la bendición, pues que no en vano se dice que el Señor habite en «el corazón» del sacerdote: *Dominus sit in corde tuo.* La palabra «corazón» puede emplearse para significar el alma con sus tres potencias, o también el principio de las operaciones humanas y en ambas acepciones, vale el augurio, es decir: que el predicador sea todo de Dios, de suerte que merezca la salutación del apóstol de las gentes: *tu autem homo Dei.* En efecto, si Dios reina en las potencias del alma, la primera interpretación del augurio: *Dominus sit in corde tuo,* indica que la memoria del predicador se ocupará en recordar los beneficios de Dios, el entendimiento en considerar atenta y continuamente la ley divina, y la voluntad en afianzar dentro de sí mismo, y en propagar entre los demás el reinado del Señor; y si la memoria, el entendimiento y la voluntad de un predicador no se ocupan sino en Dios, ¿quién no dirá que aquel predicador es posesión de Dios, *homo Dei?* Ahora, si se adopta la segunda interpretación, esto es, si con la palabra corazón se da a entender el principio de los actos humanos, fácilmente se comprende que al predicador se le dice: *Dominus sit in corde tuo* porque la gracia es elemento tan indispensable a la vida del espíritu, como el corazón a la del cuerpo: cuando el

corazón cesa de palpitar, cesa también la vida del hombre; del propio modo, donde se pierde la gracia, en vano se busca la vida del alma. Bien a las claras se echa de ver por aquí el significado de la primera parte de la bendición: *Dominus sit in corde tuo.*

Acaso observará alguno, aunque sin razón, que el augurio entendido como queda explicado, conviene a todos los fieles, ya que ciertamente el Obispo desea que el Señor habite con su santa gracia en las almas de sus feligreses, o que la gracia de Dios sea el principio de las operaciones de éstos, pero entonces no habrá parado mientes en el inciso, *et in labiis tuis*, que completa la primera parte de la bendición. Después de augurar que el predicador será «posesión de Dios,» el sacerdote bendecido por el Obispo ha de ser estimado *homo Dei* en todos sus actos e intenciones; pero importa, además, considerarlo en el ejercicio concreto de su ministerio de predicador, y a eso se ordenan la exhortación y el augurio: *Dominus sit et in labiis tuis.*

No es menester explicar que «Dios está en nuestros labios» cuando nos complacemos en hablar de El, y de esta suerte trabajamos con celo por su gloria, sostenemos sus derechos, le procuramos mayor número de adoradores y, sobre todo, inculcamos a los demás, el deber

de guardar la ley divina. Conviene sí advertir que el augurio *Dominus sit.... in labiis tuis* ofrece dos sentidos: positivo el uno, y el otro negativo. Nada, en verdad, más natural que anunciar al predicador la dicha no sólo de predicar a Dios, sino de no predicar más que a Dios. No hay por qué exhortaros, amadísimos hijos, a que no prediquéis sino a Dios. Vosotros no sólo reprocháis a quienes se predican a sí mismos, sino a los que llevan al púlpito argumentos no estrictamente religiosos, o hablan allí de materias profanas; y semejante reproche debería comprender a los predicadores que, si bien no llegan al reprobable exceso de ocuparse directamente en asuntos profanos, al menos no se abstienen en el curso de la oración de ciertas alusiones, no veladas, a casos profanos, y que se llevan tras sí la atención del auditorio, el cual se olvida así del tema del discurso. Los abusos de esta clase renuevan en la Iglesia aquellas infaustas divisiones que San Pablo deploraba en los fieles de Corinto cuando les decía: «cada uno de vosotros toma partido diciendo: yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas, yo de Cristo» (1). En nuestros días no es infrecuente que muchos vayan a oír la predicación para saber a qué partido político per-

(1) I Corint. I, 12.

tenece el predicador. Haced de modo que no aparezcáis como de Pablo, ni de Apolo, ni de Cefas, sino solamente de Jesucristo. Entonces no se habrán pronunciado inútilmente para vosotros las palabras *Dominus sit.... in labiis tuis.*

Para que resalte la eficacia de estas palabras, se indica luégo claramente, en la segunda parte de la fórmula usada por el Obispo, el fin que intenta la Iglesia al bendecir al predicador: *ut digne, competenter et fructuose annunties Evangelium suum.*

Hemos advertido que al decir *et in labiis tuis* el Obispo considera al sacerdote no genéricamente, sino como encargado del ministerio de la predicación; ahora añadiremos que al pronunciar las otras palabras de la bendición, lo considera en el acto de disponerse inmediatamente a predicar; por esto ha formulado el augurio *Dominus sit in corde tuo et in labiis tuis,* y luégo declara el motivo, *ut digne, competenter et fructuose annunties Evangelium suum.*

A nadie se le oculta la particular solicitud que tiene la Iglesia al determinar el Evangelio que ha de ser anunciado por el predicador a quien el Obispo imparte la bendición, pues no dice simplemente *annunties Evangelium,* sino que especifica diciendo *Evangelium suum.* Ninguna admonición más oportuna que ésta, para que el predicador elija buenos temas; no hay criterio

más seguro para hacerle saber si ha cumplido o nó con su deber. ¿Es ésta, ciertamente, *palabra de Dios?* debe preguntarse cuando prepara la predicación; ¿he anunciado *la palabra de Dios?,* debe tornar a preguntarse cuando, concluída la predicación, haya vuelto a su celda. El predicador hallará las respuestas a las anteriores preguntas, más que en el testimonio de la propia conciencia, en el recogimiento de los fieles al oírle, y más claramente aún, en los frutos de conversión que coseche. Digno de compasión será el predicador cuyo auditorio divaga pero no entra en sentimientos de compunción; que sonríe en vez de llorar, y que, no bien concluye el sermón, sale precipitadamente del templo, sin detenerse a reflexionar siquiera por algunos instantes en lo que ha oído. ¿Y qué decir de aquellos predicadores que a las citas de la Sagrada Escritura que son «palabra de Dios,» o a las sentencias de los Santos Padres, que son autorizados intérpretes de aquélla, prefieren las citas de autores profanos, las cuales, aunque tengan señalado valor literario, carecen del religioso y moral? Ah! ¡cuán desagradable es oír que así resuene la palabra de quien ha recibido del Obispo el encargo de anunciar el Evangelio de *Dios!* Y cuenta que no hablamos hipotéticamente, pues el año pasado hubimos de lamentar más de una vez el que algunos pre-

dicadores no pararan mientes en que debían predicar siempre la palabra de Dios, y sólo la palabra de Dios. Empero, nos apresuramos a reconocer que de semejante olvido os creemos incapaces, amados hijos, elegidos como habéis sido por la autoridad para predicar durante la cuaresma en esta ciudad de Roma; y bastaría, de otra parte, a disipar cualquier temor sobre el particular, el estar seguro de que fijaréis especialmente la atención en los caracteres propios de la predicación, indicados en la fórmula de la bendición dada por el Obispo, quien no se contenta con decir al predicador *Dominus sit in corde tuo et in labiis tuis ut annunties Evangelium suum*, sino que explícitamente le declara el modo como debe anunciar la palabra divina *ut digne, competenter et fructuose annunties Evangelium suum*.

Queremos decir algo de cada uno de estos tres caracteres enumerados por los adverbios *digne, competenter et fructuose* que el Obispo pronuncia para advertir al orador sagrado cómo debe predicar el santo Evangelio, pues vosotros sabéis que los adverbios determinan el significado del verbo. Nadie ignora que de los tres adverbios mencionados, el último es el más importante, porque los dos primeros se ordenan al tercero, en cuanto que la predicación no puede ser fructuosa, si no se predica de modo digno y con la debida competencia: mientras más digna y autorizada sea la palabra del que anuncia el Evangelio, más fructuosa será también la predicación sagrada. Juzgamos oportuno recordar que para predicar dignamente *ut digne.... annunties Evangelium suum*, no sólo es necesario elegir temas de verdadero interés religioso como lo hemos dicho y repetido ahora, sino, además, es menester que haya pulcritud y corrección en el lenguaje, propiedad en la forma, claridad y, sobre todo, orden en la exposición, sin insistir demasiado en la moción de afectos, porque el pasajero alborozo, excitado quizás por sólo la galanura y brillantez del estilo, impide la reflexión, que es madre de los buenos propósitos. Recordaremos asimismo que el segundo adverbio, *competenter*, pone de relieve la sublimidad del encargo confiado al predicador. Creemos que vosotros, amados hijos, no olvidaréis que vuestra «competencia para predicar» viene de Dios. Sois embajadores enviados al pueblo de Roma; las credenciales de tal embajada están firmadas por el representante de Jesucristo; pero, ¿de dónde derivan esas credenciales su valor y eficacia sino del hecho de ser expedidas en *nombre de Jesucristo mismo?* Si en el púlpito tenéis presente que allí representáis a Jesucristo, vuestros pensamientos, palabras y conceptos serán tales, que no desmerecerán la

aprobación del Soberano que os ha enviado al pueblo, como embajadores. Veamos ahora con especial atención el significado del último adverbio, que declara el carácter más importante de la sagrada predicación: *ut.... fructuose annunties Evangelium suum*. No queremos ocultar, amadísimos hijos, que la inserción de este adverbio en la fórmula de la bendición a los predicadores, sólo nos fue conocida cuando por primera vez recitamos dicha fórmula, el miércoles de ceniza, en la catedral de nuestra inolvidable Sede de Bolonia. A la confesión de nuestra prolongada ignorancia, unimos ahora la expresión de nuestra complacencia al recordar oportunamente el fin principal de la predicación.

Para realizar el mencionado fin es menester que el predicador sea y se muestre realmente solícito de la gloria de Dios y de la salvación de las almas; por tanto, repetiremos que debe hablar lo menos posible de sí propio; que ha de eliminar de su discurso cuanto la conciencia no le asegure ser útil al provecho espiritual de los oyentes; que debe adaptar el lenguaje a las condiciones intelectuales del auditorio. Una tesis filosófica, bien que probada con rigurosos silogismos, o con argumentos históricos, o con los más irrefutables documentos, no solamente sería inútil a un auditorio de mediocre cultura, sino lo indispondría hasta hacerlo incapaz de aprovechar aquellas observaciones sencillas que, de otra suerte, le habrían sido benéficas.

En cuanto a los auditorios ilustrados, es decir, compuestos de personas de preclara inteligencia y de vastos estudios, no será inútil advertir que el objeto intentado por el predicador en semejantes casos no ha de ser el gozo de la inteligencia, ni el contentamiento de la fantasía, ni el deleite del oído. Sería entonces su lenguaje como el de los maestros a quienes San Pablo reprendía en su tiempo diciéndoles *Prurientes amibus....* y de los cuales debía añadir: *a veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur* (II Tim. IV, 3). El fruto que debe pretender el orador sagrado ha de ser, en todo caso, la conversión de los pecadores o el perfeccionamiento de los justos. Sólo a esto atiende el Obispo al bendecir al predicador. con las palabras *ut.... fructuose annunties Evangelium suum.*

¿Y tendremos necesidad de agregar que no otra cosa intentamos al bendecir a los predicadores cuaresmales en Roma? De esto no nos excusa la presencia de los párrocos urbanos, que son los predicadores ordinarios en sus iglesias y que saben que no queremos que se predique al pueblo sino a Jesucristo: *Jesum Christum praedicamus, et hunc crucifixum.*

Levantamos, pues, la mano sobre los párrocos de Roma y sobre los hijos amadísimos que se disponen a predicar la cuaresma en esta ciudad, y a cada uno le repetimos las palabras de la Iglesia: *Dominus sit in corde tuo et in labiis tuis, ut digne, competenter et fructuose annunties Evangelium suum.* Que hagan eficaz esta bendición el poder de Dios que nos creó, la sabiduría de Dios que nos redimió, el amor de Dios que con su gracia nos santifica y ha de salvar. *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen.*

Internunciatura

Según cablegrama de Roma al Excelentísimo Señor Gasparri, la Delegación Apostólica en Colombia ha sido elevada a la categoría de Internunciatura, y nombrado Internuncio el mismo Excelentísimo Señor Gasparri. Al felicitarle respetuosamente, lo mismo que a Monseñor Cortesi, hacemos pública manifestación de gratitud al Padre Santo por la honrosísima distinción otorgada a nuestra católica República.

Una respuesta del Papa a los Judíos de América

El Presidente y los miembros del Jewish Committee de New York, que es la organización judía más importante del mundo entero, en nombre de los tres millones de correligionarios americanos, han dirigido al Papa Benedicto XV una petición en la cual evocan el papel tutelar de la Santa Sede al través de los siglos, le suplican intervenir para que, en los países beligerantes, las comunidades israelitas no sean víctimas de las pasiones y preocupaciones sobreexcitadas por la guerra.

Segreteria di Stato di Sua Santità.—Del Vaticano, el 9 de febrero de 1916

Señor Luis Marshall, presidente del Comité ejecutivo del American Jewish Committee. New York.

Señores:

El Soberano Pontífice se ha impuesto con interés de la carta que os habéis dignado dirigirle, con fecha 30 de diciembre de 1915.

En nombre de tres millones de israelitas, ciudadanos de los Estados Unidos de América, os dirigís a Su Santidad para denunciarle en términos generales, los tratamientos de que vues-

tros correligionarios se quejan estar expuestos en diversas regiones, y a la vez le suplicáis intervenga con «el peso de su supremo poder moral y espiritual, para que tales sufrimientos tengan al fin término, por medio de un acto de esa humanidad a la que el Padre Santo se ha apasionado tan vivamente.»

El Soberano Pontífice no está en aptitud de pronunciarse sobre los hechos particulares anotados en el memorándum adjunto a vuestra carta, pero, en principio, como Jefe de la Iglesia Católica, la cual fiel a su divina doctrina y a sus gloriosas tradiciones, considera a todos los hombres como hermanos, les enseña a amarse los unos a los otros y no cesa de inculcar la observancia, tanto entre los individuos como entre los pueblos, de los principios del derecho natural y de reprobar toda violencia.

Tal derecho debe ser observado y respetado en lo que concierne a los hijos de Israel como a los demás hombres, porque no sería conforme a la justicia y a la misma religión, que se le derogue por el único motivo de la divergencia de las confesiones religiosas. Además, en su corazón de padre adolorido por el horrible espectáculo de la guerra actual, el Soberano Pontífice siente en este momento más dolorosamente que nunca, la necesidad que tienen todos los hombres de recordar que son hermanos y que su salvación estriba en su retorno a la ley de amor, que es la ley del Evangelio. Así pues, desea él interesar en este noble objeto, a todos los que especialmente en razón de las atribuciones sagradas de su ministerio pastoral, están en situación de prestar concurso eficaz para llegar a tan importante resultado.

Entre tanto, Su Santidad se felicita por la concordia que en las relaciones civiles se ha establecido en los Estados Unidos de América entre los miembros de las diversas creencias, lo cual contribuye tan poderosamente a la prosperidad pacífica de vuestro gran país, y pide a Dios que al fin se restablezca la paz, para felicidad de esta humanidad, de la que como con mucha razón lo decís, es guardián el Padre Santo.

Servíos aceptar, señores, la seguridad de mis más distinguidos y afectuosos sentimientos.

CARDENAL P. GASPARRI.

(De *La Sociedad)*

EL REVERENDO PADRE RAFAEL ALMANSA

Oración pronunciada con motivo de su jubileo sacerdotal, en la iglesia de San Diego

Hoy es día de regocijo para los sacerdotes y para los demás habitadores de esta católica ciudad, sin diferencia de edades, condiciones y humanos pareceres, porque estamos festejando las bodas de oro de un amigo, un consolador, un padre, y nos hemos congregado para ello en este sacro recinto, última reliquia de tiempos que fueron y que no volverán nunca. Los que nacimos en la antigua Bogotá, llena todavía de monumentos, de recuerdos y costumbres de la vieja Santafé, necesitamos a tiempos huír del tráfago y bullicio ciudadanos, reposar de la incesante lucha contra las propias y las ajenas flaquezas, respirar el aire de la ya remota infancia y descansar, siquiera por una hora de la civilización moderna. Y no porque reneguemos de la cultura y el progreso a que cada uno de nosotros contribuye gustoso a la medida de sus fuerzas; ni porque maldigamos la época en que la Providencia de Dios nos hizo nacer; sino porque es tan triste verse úno en los umbrales de la vejez en medio de un mundo donde todo se remoza y hierve con calor de juventud; porque son tan dulces las memorias de las dichas pasadas; porque, como dice el poeta:

Siempre a nuestro parecer
Cualquiera tiempo pasado
Fue mejor.

Por eso, a la caída de la tarde, nos venimos por la avenida más bulliciosa y frecuentada, contemplando, a través de los árboles, las dos largas filas de elegantes habitaciones novísimas, entre el ruido de las campanillas de los tranvías eléctricos, el resoplar de los automóviles, el sonar de las herraduras de los caballos, el parloteo de los paseantes, los gritos de los vendedores de periódicos. Al extremo de la vía, torcemos a la izquierda; medio minuto después a la derecha, y al pisar la plazoleta delantera de esta iglesita, nos hallamos a veinte pasos de la capital, pero a dos siglos de distancia de ella. Aquellas lastras mal unidas del pavimento, el inculto jardinillo, la cruz sobre su ancho y desportillado pedestal de piedra ennegrecida, y la fachada de San Diego, que recuerda las ermitas de las montañas asturianas: todo es de luengas edades; todo semeja, a los jóvenes, fábrica de remotísimas tierras.

Traspasa úno el umbral, y se halla en el vestíbulo que da entrada a las dos naves paralelas y comunicadas entre sí: ésta en que me hallo y es la iglesia conventual; la de la derecha, que es la capilla de Nuestra Señora del Campo. Todo es aqui vetusto, pero artístico y adorna-

do y limpio. En el retablo tallado del altar mayor está Jesucristo, Amo nuéstro, vivo y verdadero en el Sacramento de su amor. En el hondo silencio vespertino, oye el alma la voz del Maestro, que le dice desde el fondo del sagrario: «Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados y yo os aliviaré!» Llega la hora del crepúsculo, la iglesia queda alumbrada escasamente por la temblorosa lamparilla, y el espíritu finge hallarse en alguna de las capillas subterráneas de la primitiva Roma cristiana; ilusión voluntaria que se acrecienta con aquella estatua yacente de cera que guarda los huesos de un santo, vestida con los ricos arreos de los mancebos romanos ingénuos, y con una ancha herida en el cuello, abierta por la cuchilla del verdugo; y la vista de la losa de mármol que cerraba, en las catacumbas, el sepulcro del mártir, y en que se lee el nombre de Victorio, entre las palmas del triunfo; y la ampolleta que guarda la sangre del confesor de Cristo; patente todo al resplandor de las candelas que enciende ante las sacras reliquias la piedad confiada de los fieles devotos.

Allí está el santuario de Nuestra Señora del Campo, guardiana de la ciudad, renovada con providenciales portentos, querida de los bogotanos, enriquecida en otros tiempos, por la generosidad de nuestros padres. Evócanse allí

tántas memorias de antaño! Imagina úno, postrado ante el camarín de la Virgen, al oidor don Juan Ortiz de Cervantes, fundador de la capilla, con su negra toga y escarolada gorguera; fíngese que, entre apiñado concurso se abre paso para llegar al púlpito un fraile, no viejo todavía, de rostro pálido y ascético, andares de príncipe bajo el hábito de color de ceniza. Va a estrenarse en el ministerio de la predicación, y ha querido que su ensayo primero sea el panegírico de Nuestra Señora del Campo. Llámanlo en el convento Fray José; antes era el Excelentísimo señor don José Solís Folch de Cardona, grande de España, caballero de Santiago, favorito del Monarca, Virrey del Nuevo Reino de Granada. Medio siglo después está diciendo misa en el altar de la Señora el padre Ley, el don Angel de la romántica leyenda santafereña, o el padre Tena, que había combatido como soldado de caballería en Junín y en Ayacucho. Mientras tanto, sale de la iglesia el padre Ramón—nunca le supe el apellido—el manso y humilde limosnero del convento. Un dia, se produjo, frente a la iglesia de las Nieves, una riña tumultuosa; ya los contendientes habían pasado de los denuestos a los golpes, de éstos a las heridas, cuando acertó a pasar por allí el padre Ramón. Penetró por entre el apiñado gentío al centro de la lucha, cayó de rodillas, puso las

manos y clamó: «Hermanos, por amor de Dios, guarden la paz!» Al punto, a la tempestad sucedió la calma; a la ira, la vergüenza; a la vocería, un religioso silencio, y cada uno de los concurrentes regresó tranquilo a su casa. Unos minutos después, no se oía en la ancha carrera sino un grito intermitente y solitario: «Hermanos! Una limosna para el culto de Nuestra Señora del Campo!»

A las memorias dichas, comunes a todos los bogotanos creyentes, se agregan las propias y personales de cada uno de los que hemos cumplido medio siglo. Véome en los dias ya remotos de la primera infancia; a mi padre que me trae el dos de julio a la romería de la Virgen; oigo las campanitas de la iglesia echadas a vuelo; el són monótono pero grato de los tamboriles y chirimías con que las cuadrillas de indios labradores de la Sabana festejan a la que es rosa de Sarón, lirio de los valles, azucena del campo. El altar de la Reina está radiante de flores y de cirios, trasciende el ambiente a perfume de incienso y aroma de claveles; el organillo del coro preludia una sonata religiosa. Me arrodillo al pie de las gradas del presbiterio sobre las tumbas de mis bisabuelos, que cubre una losa sin labrar con una inscripción medio borrada, y rezo una salve a la Virgen. Salgo de la iglesia, y recorro los blancos toldos, adornados de gallardetes y cintas de colores, regados en la esplanada que es hoy Parque del Centenario y entonces era una pradera tapizada de grama, y colmados de viandas y refrescos. En el extremo de la plazuela, unos chicuelos están encumbrando una cometa.

Pensaréis acaso, hermanos míos, que estos cuadros son indignos de la ocasión que nos ha reunido y del auditorio ilustre que me escucha. Los hijos de Jacob, llevados al cautiverio de Babilonia, recordaban a Jerusalén, aun en los pormenores más nimios y caseros; y los Profetas, por inspiración divina, nos dejaron aquellos lamentos consignados en los Sagrados Libros. Si era lícito a los judíos echar menos, en presencia del Señor y de la posteridad, la patria ausente, ¿por qué no he de llorar, delante de Dios y de vosotros los años de mi inocencia perdida?

De los pies de Jesús Sacramentado pasamos, por las tardes, a la casita aledaña al santuario, chica y humilde como el pesebre de Belén, pobre como el taller de Nazaret. Allí mora un sacerdote formado en la escuela de San Francisco de Asís. Y, por designio providencial, se han compenetrado de tál suerte el santuario y su guardián, que no concebimos esta iglesia sin el capellán que ahora tiene, ni nos conformaríamos con verlo desempeñar su papel en escenario diferente.

Desearía yo que esta iglesia y su capellán se conservasen como están por años y por siglos, y no por afición a lo antiguo, sino precisamente por amor al progreso, porque el adelanto se funda en la tradición, como los palacios en los sillares del cimiento, y una nación sin monumentos de otras edades, sin historia y sin leyendas, sin costumbres heredadas es casa edificada sobre arena. La patria presente es cosa demasiado concreta y tangible para despertar los ideales sublimes y llevar a los hombres al heroísmo y al sacrificio voluntario. Inglaterra debe en mucha parte su grandeza y su avance portentoso a la conservación de sus antiguos usos; y Alemania, sin sus castillos, sus universidades medioevales, sus fantásticas historias no tendría millones de hijos que no vacilan en morir por ella. Refieren que un millonario americano mostró su habitación de la quinta avenida de Nueva York a un aristócrata francés de cepa legitimista. ¿Qué le falta para ser en todo igual a los antiguos castillos de Francia? Le faltan, repuso el otro, las rayas hechas por las espuelas de Godofredo y de Bayardo en los peldaños de la escalera. No borremos las rayas que trazaron Quesada y Belalcázar; no toquemos el altar ante el cual vistió Solís el sayal franciscano; yo conservaré intacta, mientras me sea dado, la escalera por donde bajó Caldas al patíbulo. Guardadas con amor las glorias de antaño, nos haremos respetar aun de naciones más avanzadas que la nuéstra, y vuestros hijos sabrán verter su sangre cuando el deber y la patria se lo exijan.

¿Qué vamos a solicitar y hallamos a manos llenas en aquel escondido albergue? Paz, de la que nos trajo el Salvador y no puede dar el mundo, paz del alma después de los rudos combates cuotidianos; pobreza evangélica, en medio de la avaricia y el lujo que están asfixiando a las sociedades modernas; humildad, en el ambiente de soberbia que nos ahoga; amor, cuando nos tienen sordos los clamores del odio y la envidia; consuelo eficaz, que suele consistir no en palabras, sino en un ademán y una sonrisa; consejo atinado no aprendido en los libros, sino en las intimidades con Dios al pie del crucifijo o delante del sagrario; perdón, al fin de la semana, por las negligencias y culpas cometidas durante ella. Y yo vengo a buscar todavía otra cosa: la perfecta cortesía, que es la que no se advierte, como no sentimos el aire que respiramos; la que no tiene sabor, como no lo tiene el agua pura de la fuente; y aquellas delicadezas exquisitas de porte que son las flores de la caridad cuando esa planta celestial se siembra en naturalezas selectas. Los buenos servidores de Cristo tienen rasgos de discreción.

y gentileza que los asemejan a los príncipes; y yo no lo extraño, ni me asombro de ello, porque recuerdo que servir a Dios es reinar.

Todo lo dicho lo hallan allí el rico y el pobre, el inteligente y el rudo, el sabio y el ignorante, grandes y pequeños, creyentes e incrédulos, justos y pecadores. ¿Por qué? Porque aquel varón es sacerdote, ministro de Dios hecho hombre, nacido en un pesebre, muerto en cruz; maestro que, con ser la Sabiduría infinita, se puso al nivel intelectual de los pescadores galileos, aceptó el título de amigo de los pecadores que los fariseos le daban por escarnio, perdonó a Magdalena y regaló el paraíso al ladrón arrepentido. Porque el sacerdote se educó en el espíritu de San Francisco, el fiel imitador de Cristo, el esposo de la santa pobreza, el que amaba en Dios no sólo a sus prójimos, sino a todas las hechuras de las divinas manos: a los brutos y a las plantas y aun a las criaturas inanimadas; el único que llevará en el cielo, después de la resurrección, impresas en su cuerpo las gloriosas llagas de Cristo.

No se entienda, al oír que nuestro capellán es, a semejanza de Cristo, amigo de los pecadores y extraviados, que él condescienda nunca con el error y el vicio. Eso, jamás! De lo macizo e ilustrado de su fe dan cuenta sus obras; de su aborrecimiento al pecado, la vida de austeridad y privaciones. Ni podría ser de otra manera. El Salvador del mundo que, por ser Dios, es santidad infinita, odia la maldad con infinito aborrecimiento. Recordad algunas de sus palabras: «Quien quebrantare el menor de mis preceptos, ese será mínimo en el Reino de los cielos.» «El que dijere a su hermano *fatuo* es reo del fuego del infierno.» «¡Ay de aquel por quien viene el escándalo! Más le valiera que le ataran una piedra de molino al cuello y lo arrojaran a lo profundo del mar.» «¡Desgraciados de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, raza de víboras, sepulcros blanqueados!» La Iglesia católica tiene, entre otras, dos pruebas intrínsecas de su divinidad: la intolerancia con el error y el delito, la caridad maternal con los que yerran y delinquen.

Muchas veces, al salir de aquí, me he preguntado: ¿por qué no me apodero de la tranquilidad y alegría que siento y me las llevo conmigo? Al fin y al cabo, de San Diego no están desterrados los dolores y enfermedades; hállanse pobreza y escaseces; el trabajo del ministerio es duro e incesante; hay que llevar en paciencia, como en pocas partes, las adversidades y flaquezas del prójimo; y ni siquiera falta la ingratitud de algunos de los más favorecidos. Luego los dones de Dios no están vinculados a

las paredes de este recinto. Un día, los apóstoles le preguntaron al Redentor cuándo pensaba fundar su reinado en la tierra, y El les respondió: «El reino de Dios está dentro de vosotros.» Cosa semejante puede decirse de la felicidad que cabe en el destierro, en el valle de lágrimas: ella no viene de fuéra y se marchita de la mañana a la tarde, como las flores con que se adornan los salones, sino que brota del alma y se arraiga en ella, como nacen de la tierra y en ella crecen y perduran las margaritas y violetas de los prados.

La semilla de la felicidad está en una doctrina de Cristo que es principio del sermón de la montaña: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos»; y San Pablo nos enseña que el reino de Dios «es justicia, y paz y gozo en el Espíritu Santo.» «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.» ¿De qué manera? «Como señores de sí mismos,» nos responde el catecismo de la doctrina cristiana. No hay dicha mayor para el hombre que la de poseer lo que más ama; y el mayor afecto terreno de nuestro corazón es el que nos profesamos a nosotros mismos. Además, los mansos se adueñan de las ajenas voluntades. Puede el varón constante romper todos los yugos, menos el que se le impone por la humildad y la dulzura. En seguida Cristo promete consuelos, saciedad, misericordia a los que lloran, a los que han hambre y sed de justicia, a los misericordiosos; la vista de Dios a los limpios de corazón, el título de hijos suyos a los pacíficos, la gloria sin fin a los que padecen persecución por la justicia. Todas estas bienaventuranzas a una sola se reducen: a querer y cumplir la voluntad divina aquí en la tierra, así como se conforman a ella los ángeles y los santos en el cielo. Nada sucede, con excepción del pecado, sin el querer supremo, ni aun la muerte de un pajarillo, ni el movimiento de las hojas, ni la caída de un cabello de nuestras cabezas; y a quien ajusta su voluntad a la de Dios todo le resulta a la medida de sus deseos, que es la mayor felicidad que concebirse puede. Con razón que los buenos cristianos puedan clamar con el apóstol: «Sobreabundo de gozo en medio de las tribulaciones!»

No he pronunciado las deshilvanadas frases precedentes en nombre del clero y de los fieles, porque no he recibido comisión de hacerlo, ni tengo de por mí ninguna autoridad para tánto. Mis palabras son el débil homenaje personal de veneración y cariño que tributo al Reverendo Padre RAFAEL ALMANSA con motivo de su jubileo sacerdotal. Bien sabe él, aun sin que yo se lo diga, cuánto le quiero; así

como conozco el afecto que me profesa y que me ha declarado muchas veces con la elocuencia de las obras. Réstame pedir a Nuestro Amo Sacramentado, por intercesión de Nuestra Señora del Campo, que conserve por largos años la vida de su siervo, para alegría de esta ciudad de Bogotá que lo vio nacer, para solaz de sus amigos, alivio de los afligidos y de los pecadores, y que, finalmente le conceda la corona de justicia prometida por el Salvador a los que le dieron de comer cuando tuvo hambre, lo visitaron enfermo y encarcelado, le consolaron triste, le ayudaron a levantarse cuando cayó bajo el peso de la cruz; la corona de los mansos y humildes, que poseerán la tierra de los vivos, la celestial Jerusalén. *Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram!*

Bogotá, 28 de mayo de 1916.

R. M. CARRASQUILLA
Prelado Doméstico de Su Santidad.

El sagrado palio

El Ilmo. Señor Alfonso María Andreoli, Obispo de Recanati y de Loreto, recibió de manos del Emmo. Cardenal Della Volpe, el sagrado palio. Hace poco tiempo fue concedido este privilegio al prelado loretano.

Asociación de los SS. Corazones y de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento

Bogotá, junio 10 de 1916.

Señores Director, Promotora y socias de.....

Para la uniformidad en toda la República, les indicamos anticipadamente las intenciones para el segundo semestre de 1916, así:

JULIO—*Por la paz europea.*

AGOSTO—*Por la Conferencia Episcopal.*

SEPTIEMBRE—*Por el Ilmo. Señor Arzobispo en sus Bodas de Plata.*

OCTUBRE—*Por los Seminarios diocesanos.*

NOVIEMBRE—*Por las órdenes religiosas.*

DICIEMBRE—*Por las vocaciones eclesiásticas.*

Dios guarde a usted,

Salustiano Gómez Riaño
Director General en Colombia.

Ilustres viajeros

Casi de paso estuvieron en Bogotá el R. P. Bernardo Martínez, Provincial de los RR. PP. Agustinos, y su Secretario, el R. P. Santiago García. Ambos regresaron muy pronto, en viaje para España. Ojalá no tengan contratiempo alguno.

También se halla en esta ciudad el R. P. Pedro Pinto, Visitador de los RR. PP. Franciscanos.

PEPITAS DE ORO

COLECCIÓN DE PEQUEÑOS CONSEJOS PARA LA SANTIFICACIÓN Y FELICIDAD DE LA VIDA

Sembremos buenas ideas,
y recogeremos buenas acciones.

EL CAMPANARIO

Es bueno ponerse alguna vez de cara a la naturaleza para contemplar en ella, como en un libro, las maravillas esparcidas por el Creador en nuestra pobre tierra. Montañas, océano, esplendor de las altitudes, inmensidad perturbadora de los mares: hé ahí la belleza reflejando la bondad. Hé ahí la grandeza revelando el amor. Dios se nos aparece en medio de sus obras como el padre atento a regocijar a sus hijos y a darles lo mejor de su ternura en el viaje de un día.

Sin embargo de esto, por encima de la magnificencia del mar y de la gracia de los paisajes, hay algo más dulce a los ojos de los creyentes y más suave a sus almas: el campanario que *jalona* la campiña y se yergue inmóvil por encima de los ramajes vivientes.

Es, por sí solo una *plegaria* continua, un *acto de fe* permanente, un *homenaje* visible al Señor, cuya presencia revela.

Ya sea de silleria, ya de piedra calada, viejo como los siglos, o blanco de moderna construcción, el campanario atrae nuestras meditaciones y engrandece nuestro amor.

Viéndole de lejos, nos paramos y soñamos:

«Allí es donde el invisible amigo, siempre presente, y paciente en sus largas esperas silenciosas, acecha nuestro paso y nos invita a ir a El día y noche.

Nos espera, nos llama, nos desea, nos ama, nos habla.

Escuchad la voz de Jesús, que sube de los muros de las iglesias abandonadas. Estas humildes piedras tienen un alma, y cada una de ellas vibra con las palpitaciones ardientes de ese Corazón que tánto ama a los hombres.

«Venid a mí todos los que penáis en la vida y gemís bajo cargas demasiado pesadas.»

¡Venid a mi! Tales son las palabras que vibran en los campanarios de nuestras campiñas; palabras que pocos cristianos entienden, porque están aturdidos por el bullicio del mundo.

PLEGARIA

¡Oh Jesús, *cuán bueno sois al atraer, al despertar nuestros pensamientos, al avivar nuestras ternuras* con esos símbolos que solicitan y retienen nuestras miradas, durante las disipaciones de nuestras horas agitadas!

En las bellezas terrenales, tan frágiles, nos habéis mostrado la belleza que no varía; esta belleza sois Vos.

Os pido, oh dulce Rey mío, que me la hagáis comprender mejor; que sea yo el receptor viviente de esa gracia que emana de vuestros templos; que me hagáis semejante a esos aparatos que reciben, por medio del espacio, el fluído misterioso conducido por las ondas sonoras y vibrantes.

Haced, oh Dios mío, que no vea jamás el más pequeño campanario de la más humilde iglesia, sin que un arranque de amor parta de mi corazón para encontrar el vuéstro.

El viajero, a la vuelta de una larga ausencia, busca a lo lejos el techo familiar para dar el primer saludo a la querida vivienda que guarece a los que ama.

Y yo, oh amado Padre mío, al reconocer la que señala vuestra morada, quiero que un tierno pensamiento brote de mi alma:

¡Está allí y nadie le visita!
¡Está allí y nadie le consuela!
¡Está allí y nadie le ama!

Os adoro, oh divino Maestro, en vuestra *soledad,* en vuestro *aislamiento,* en vuestra *oscuridad.*

Y cuando, al pasar por delante de vuestro templo desierto, entrare, lleno de recogimiento, para saludar a mi celestial Amigo, miradme desde el fondo de vuestro tabernáculo, y bendecidme como se bendice a un visitante esperado.

ADORACION

Leed a menudo las suaves palabras que Santo Tomás de Aquino dirigía a la Eucaristía en sus fervientes éxtasis:

«Suplicante me postro ante Vos, oh Divinidad escondida, pues sois verdaderamente Vos quien estáis disimulado bajo las apariencias materiales. Mi corazón todo entero se anonada en vuestra presencia: mi corazón, que comprende su nada ante vuestra majestad suprema.

. . . . . .

¡Oh Jesús, que estáis para mí oculto bajo los velos del Sacramento, escuchad el ardiente deseo de mi corazón, y haced que pueda veros cara a cara, en la visión eterna de vuestra gloria.»

CURADOS POR MILAGRO

Era una tarde de la peregrinación nacional a Lourdes. Veinte mil cristianos acaban de aclamar a Cristo y de presentar a su Divinidad Todopoderosa el llamamiento consternado de enfermos y moribundos. Las almas están atentas, los corazones anhelantes. Se presiente el milagro, que se cierne y busca a sus predestinados.

De repente se oye un clamoreo. Un remolino enorme de la multitud inunda la explanada, crece, se agita, circula como un torrente. Es una enferma que acaba de levantarse, una curada, curada por milagro. Todo el mundo la rodea, la oprime; la ahogaría, si, sobre esta multitud, a la que la idea de lo sobrenatural agita como un mar, no dominase el pensamiento de respeto, de dulzura, de serenidad.

En las compactas filas de la masa humana, de todas las bocas brota una palabra vibrante de admiración, palpitante de conmoción intensa: un *milagro.*

Y la privilegiada de Cristo, aquella a quien su mirada salvadora ha tocado, se convierte en la elegida, a la cual se aclama y festeja, puesto que lleva el sello divino de la mano que la ha sacado de la agonía y la ha resucitado.

Ver a una curada por milagro constituye el anhelo, la alegría de los peregrinos. Es un pedazo de cielo que se ve, que se saluda, que se toca.

Admiremos a aquellos a quienes la Omnipotencia de Cristo ha librado de los males visibles, pero demos gracias a Dios por las resurrecciones de las almas, más admirables aún, que su misericordia multiplica en la multitud de los pecadores.

Nosotros mismos hemos sido curados, ¡y de cuán mortales enfermedades! Voluntades frágiles, corazones débiles, el pecado nos ha inoculado su veneno, y hemos caído extenuados, moribundos, agonizantes.

Era preciso, para salvarnos, un milagro; más que una mano fuerte y una piedad todopoderosa, el gesto soberano de Aquel que es la vida.

El Salvador se ha inclinado sobre nosotros y ha pronunciado las palabras de la resurrección: «¡Levántate y ánda!»

Curados por milagro son los que han sentido nacer en su alma el germen viviente del arrepentimiento.

Curados por milagro son aquellos a quienes la esperanza redentora impulsa al manantial de las gracias.

Curados por milagro son los que se han acordado de las promesas de perdón.

Curados por milagro son los que han hecho con alegría la confesión penosa de sus faltas.

Curados por milagro son los que entran en el tribunal de la Penitencia dignos de reprobación, y salen purificados.

Este es el milagro de cada día, al cual es preciso acoger con un *Magnificat* sin fin. Porque estábamos más que paralíticos, más que tísicos, más que enfermos. Sobre los cadáveres que antes éramos, la sangre de Cristo ha hecho correr la redención; somos milagros vivientes:

Milagros de bondad,
Milagros de perdón,
Milagros de amor.

***

¡Oh Jesús! Aquellos a quienes vuestra gracia de curación ha visitado, creen que no es demasiado, para

daros gracias, consagraros su vida entera. No es una sola vez, sino cien y aun mil, las que ha renovado en mí, sin cansarse nunca, la acción salvadora de vuestras manos caritativas. Experimento por Vos, Dios mío,

Tierna *gratitud* por vuestra bondad,
Profunda *admiración* por vuestro poder,
Ternura profunda por la amorosa piedad de que me habéis rodeado,
Alegría sin límites por la salud que me habéis ofrecido.

Estoy de pie, ando, soy fuerte, me encuentro bien. Todo esto os lo debo a Vos. Podíais dejarme vivir miserablemente y morir abandonado en mi enfermedad.

Me habéis deparado la salud, la fuerza, el vigor. Una vez más habéis pronunciado sobre un nuevo leproso las palabras que salvan: «¡Lo quiero, sé curado!»

También iré yo a mostrarme a los que dudan, a los que temen, a los que desconfían y blasfeman, para que por el espectáculo de mi vida recobrada, nazca en ellos la esperanza de poder ser, como yo, salvados.

ANTE EL TABERNÁCULO

(*Fe, Esperanza, Caridad*)

Mi fe me conduce, oh Cristo, ante el Tabernáculo, donde te creo presente, hablándome con entera franqueza. Vengo a confiarte mis penas, mis odios, mis pecados, mi flaqueza, y espero el milagro de consumir, por virtud de tu fuego, mi abatimiento. Haz de mi frágil alma digno receptáculo de tu carne y de tu sangre; haz crecer en ella la flor de angélica inocencia y de santo fervor.

Espero, oh Jesús mío, en tu ayuda eficaz pera vencerme a mi mismo. A tu poder real todo sér viviente

está sumiso; pero dígnate cobijarme con tu gracia, para que después de mi muerte, siendo admitido en el cielo, pueda contemplar tu faz deslumbradora y gozar, en medio de tus santos y entre tus amigos, la felicidad prometida al buen soldado.

Quiero llegarme a ti, Dios de la Eucaristía, para gozar del secreto de tu amor. Tu dulce humanidad pasó por el crisol de los dolores, y te convertiste en Hostia ensangrentada. Tu caridad me conmueve, tu ejemplo despierta en mí el deseo de fecundar mi vida; me decido a consolar y amar a mi hermano; a aprender a sacrificarme en tu divino banquete.

TRISTEZA DE LAS COSAS—TRISTEZA DE LAS ALMAS

Hojas que caen, días taciturnos, tempestades, escarcha, nieblas; tal es el otoño, tal su melancolía.

Ilusiones muertas, pruebas del corazón, dolores del alma, hé aquí el *descorazonamiento, el disgusto de la vida.*

Hay tristezas que se explican, que son legítimas. Ciertas heridas hacen sangrar, y el sufrimiento arrebata su alegría a nuestra pobre humanidad, como el viento helado de invierno la frescura a los árboles que despoja.

Pero ¡cuántas melancolías hay sin causa, cuántas tristezas que nadie explica!....

Guardemos nuestras lágrimas para las verdaderas penas, y ahuyentemos el *desvarío*, origen de las negras ideas que oscurecen en nosotros el rayo divino que la gracia lleva consigo.

«¡Cuán negra está mi alma!»—dicen a menudo las jóvenes.—¿Por qué esa negrura? Se lee esto en las novelas, y es siempre falso lo que sus páginas engañosas nos cuentan, como también es falsa la vida cuyas perturbadoras ilusiones nos describen.

—No tengo tiempo de estar triste—decía una animosa cristiana, a la cual preguntaban sus amigas en qué ocupaba sus horas tristes.

La melancolía no es ni cristiana ni española. Es una falsificación de lo serio, y muy a menudo una consecuencia de la *ociosidad*, del *orgullo*, del *amor propio*.

Cuando se habla de ciertos enfermos imaginarios, es corriente decir: «Esa persona se escucha a sí misma!»

Ahora bien, la que se escucha a sí misma, rara vez es capaz de escuchar las voces que Dios deja oír en lo interior de nuestras almas:

Voz de la conciencia.
Voz del deber.
Voz de la gracia.

Llamamientos misteriosos, muy claros, a los cuales nos es preciso responder para estar acordes con la nota que debe vibrar en nuestros corazones.

¡Que fecunda y saludable es, aun en la pena, la santa y divina alegría nacida de haber cumplido el deber! ¡Qué aflictiva la tristeza que se obstina y se muestra en ridícula y vana ostentación!

Acordáos de la frase tan conocida y verdadera: «Un santo triste es un triste santo.»

Estad alegres sin afectación, pero llevad en vuestros actos, en vuestras palabras, en todo vuestro sér, la alegría de saber que estáis en paz con Dios.

Esta paz debe traslucir como un rayo, y la claridad interior debe envolveros en un nimbo luminoso, como una auréola.

LA SENCILLEZ, VIRTUD DE LOS PREDESTINADOS

Hé aquí un rasgo delicioso sacado del hermoso libro *La Confidente de la Inmaculada*, historia de la vida y virtudes de Bernardita.

«Cuando los campanarios vecinos tocaban el Angelus, la pastorcita se arrodillaba y dirigía al cielo su plegaria, en la calma de aquella naturaleza silenciosa, enteramente a propósito para arrobar el alma infantil. ¡Piadoso y embelesador idilio, que, en los designios de Dios, no era más que el preludio de una misteriosa y celestial epopeya!

Bernardita jugaba con los corderos, principalmente con el más pequeño, que era su preferido. 'A veces—decía—venía a derribar con su cabeza la capillita que yo había *hecho* a la Santa Virgen; pero lo perdonaba gustosa, y en vez de castigarlo, le daba pan y sal, de que era muy goloso.' 'Pero ¿por qué aquel cordero era su preferido?'—le preguntaron—'Porque era muy pequeño, y *amo todo lo pequeño*.'

'Habiendo venido a verme mi padre—refería más tarde,—me encontró muy triste guardando mis corderos. Como me preguntase la causa, mire mis corderos —le dije—; hay algunos que tienen el lomo enteramente verde. El me respondió riendo: 'Es efectó de la yerba que han comido, la cual se les ha subido al lomo; quizás se mueran.' Entonces me eché a llorar a lágrima viva. Mi padre, viendo mi pena, me consoló y me explicó que aquello era la marca del comerciante a quien habían sido vendidos.' Todos se asombraron de una candidez tan grande; pero ella añadió ingenuamente: 'Como no sabía lo que era mentir, creía todo lo que se me decía.' Feliz criatura, cuya alma estaba llena de solicitud, de pureza, de sencillez; merecía que el cielo se inclinase ante ella.»

«¡CON ÉL, TODO LO PODEMOS!»

El superior de una misión africana pidió cierto día a una comunidad que le enviase cuatro religiosos para instruir y cuidar a los negritos.

—Es un gran sacrificio lo que les pido—declaró.—Sin hablar de las innumerables pruebas que les esperan, les será preciso caminar a pie durante un mes antes de llegar a la misión.

—¿Podremos comulgar todos los días?—preguntaron.

Y habiéndoles prometido el misionero que uniría un sacerdote a la caravana para celebrar diariamente la misa en el fondo de los mortíferos matorrales, respondieron:

—Entonces, consentimos en seguiros. *Con la Eucaristía somos capaces de todo.*

EL SECRETO DE LA FELICIDAD

Según San Francisco de Sales (1)

¿Quieres gozar, alma cristiana, de esa paz que da el Espíritu Santo y que *supera a todo sentimiento?* (2)

¿Quieres conservar, aun en medio de *las pruebas*, una serenidad inalterable?

¿Quieres que la alegría, una alegría profunda, transforme y embellezca tu paso por este valle de lágrimas?

Pues lee estas máximas que formulaba en otro tiempo el dulce obispo de Ginebra San Francisco de Sales.

Medítalas seriamente y a menudo. Ház de ellas la regla de tu conducta.

(1) Carta a la Sra. de La Baume, 30 de abril de 1618 ó 1622.
(2) Philip., IV, 7.

PRIMERA MÁXIMA

Es la de San Pablo: *Todo contribuye al bien de los que aman a Dios.* (1)

A la verdad, puesto que Dios puede y sabe sacar bien del mal, ¿para quién hará todo esto sino para aquellos que sin reserva se han entregado a El?

Sí, aun los pecados—de los cuales Dios nos preserve—son encaminados por la Providencia al bien de los que le pertenecen. Jamás David hubiera sido colmado de humildad, si no hubiera pecado.

Jamás Magdalena hubiera sido tan amante de su Salvador, si no le hubiese perdonado tantos pecados; jamás se los hubiera perdonado, si no los hubiera cometido.

Si este gran artesano de misericordia convierte así nuestras miserias en gracias, ¿qué no hará de nuestras aflicciones y trabajos?

Si, pues, sucede alguna vez que algún disgusto os hiere, enfervorizad vuestra alma, que si ella ama a Dios, todo se convertirá en bien; y aunque no veais los resortes por los cuales este bien debe llegaros, estad por lo mismo más seguros de que os llegará.

SEGUNDA MAXIMA

Dios es nuestro padre. De otra suerte, no os mandaría decir: «Padre Nuéstro que estás en los cielos.» (2)

¿Qué debéis temer siendo hijos de tal Padre, sin cuya Providencia *ni un solo cabello de vuestra cabeza caería jamás?* (3)

(1) Rom., VIII, 28.
(2) Math., VI, 9.
(3) Luc., XXI, 18.

Lo extraño es que, siendo hijos de tal Padre, tengamos o podamos tener otro cuidado que el de amarle y servirle como merece.

Piénsa en mí—decía a Santa Catalina de Sena—*y yo pensaré en ti.* (1)

¡Oh Padre eterno—dice el Sabio—*vuestra Providencia lo gobierna todo!* (2)

TERCERA MAXIMA

Es la que Jesús enseñó a sus Apóstoles: *¿Qué os ha faltado?* (3)

Nuestro Señor habiendo enviado los apóstoles acá y allá, *sin dinero, sin bastón, sin zapato, sin alforja*, les dijo a su regreso: «*¿Cuando os he enviado así, os ha faltado alguna cosa?*» Y ellos respondieron: *Nó* (4).

Ahora bien, cuando habéis tenido penas, ¿habéis perecido en la aflicción? Me responderéis: *Nó.*—¿Por qué, pues, no habréis de tener valor para sobrellevar todas las demás adversidades? Hasta el presente, Dios no os ha abandonado. ¿Cómo queréis que os obandone ahora que, más que antes, deseáis ser suyos?

Nada temáis del mal venidero, pues es probable que no os llegue jamás. Y si os llega, Dios os fortalecerá.

Ordenó a Pedro que caminase sobre las aguas. Este, viendo el viento y el oleaje, tuvo miedo. El temor le hizo hundirse y pidió auxilio al Maestro, quien le dijo: *Hombre de poca fe: ¿por qué has dudado?* (5)

(1) *Vida de Sta. Catalina de Sena*, por el Bienaventurado Raimundo de Capua, parte primera, cap. X.
(2) Sab., XIV, 3.
(3) Luc., XXII, 35.
(4) Luc., XXII, 35-36.
(5) Math., XIV, 29-31.

Si Dios os hace marchar sobre las olas de la adversidad, nunca dudéis, nunca temáis. Dios está con vosotros: tened mucho valor y seréis salvos.

CUARTA MAXIMA

Es la de la eternidad

Poco importa lo que yo sea durante el tiempo, con tal que esté en la gloria de Dios.

Vamos a la eternidad; casi tenemos en ella uno de los pies. Con tal que seamos felices, qué importa que estos instantes transitorios nos sean molestos?

¿Es posible que sepamos que *nuestras tribulaciones* de tres o cuatro días *operan* (2) tántas y tan eternas consolaciones, y que no queramos soportarlas?

QUINTA MAXIMA

Es la del Apóstol: *¡Dios me libre de glorificarme si no es en la Cruz de mi Jesús!* (3)

Plantad en vuestro corazón a Jesucristo crucificado, y os parecerán rosas todas las cruces de este mundo.

Los pinchados por las espinas de la corona de Nuestro Señor, que es nuestro Jefe, apenas sienten las otras picaduras.

Alma cristiana, no olvides nunca estas santas lecciones, antes bien, pónlas en práctica, y de esta manera gozarás aquí bajo de la verdadera alegría del corazón, sombra y presagio de las eternas alegrías.

(1) II Cor., IV, 17.
(2) Galat., VI, 14.

El manto de San José

(LEYENDA)

I

Era una fresca mañana del mes de octubre. Los árboles iban perdiendo el verdor de su follaje. El cielo estaba sereno e intensamente azul, y prometía uno de los días más espléndidos del otoño.

Si así no fuera, no permitiría la hermosa Virgen de Nazaret que partiese su inmaculado Esposo a las montañas del Hebrón, donde tenía ajustada una partida de madera, y por cierto debió de ir por ella antes, porque le hacía falta en el taller, y había ido dilatando uno y otro día hasta ver si podía reunir todo el dinero.

Pero en vano.... Las cosas de los pobres: se hacen sus cuentas y casi nunca les salen como las pensaron. José no tenía reunida más que la mitad del dinero, y el caso es que ya no podía esperar más tiempo; era necesario servir a los parroquianos, y, por tanto, partir por la madera.

—Si te parece bien—dijo María—pediré lo que falta a los vecinos y parientes.

—¿Y por qué has de avergonzarte tú pidiendo favores? Más vale que sufra yo la vergüenza de recibir la negativa. Yo iré.

—No, Esposo mío—dijo dulcemente María—; has de hacer un largo viaje y no te debes cansar. Si no encuentro dinero, sea Dios bendito; y si lo encuentro, también.

Y cubriendo su cabeza, según la costumbre de las mujeres orientales, salió de casa.

Quedó José pensativo viendo marchar a su Esposa.

—¡Qué buena es!—se decía—No soy digno de vivir con ella.... ¡Qué activa! ¡Qué cariñosa! ¡Qué diligente! La amo más que a mi vida; pero.... ¡pobrecita! Dudo

que encuentre el dinero. Debí yo ir. Porque, ¿quién soy yo para quedarme? Y ella.... ella es la Reina del cielo....

En estos pensamientos estaba ocupado el Santo cuando regresó María, diciendo:

--No hay dinero. Lo he pedido en varias casas y todos se han excusado. Indudablemente es que no tienen, porque si tuvieran ¿cómo se habían de negar a darlo? Pero he pensado una cosa—continuó María, procurando ocultar tras una dulce sonrisa el sentimiento que su corazón tenía.—He pensado que te dejes la capa en prenda, y con eso el dueño de la madera se dará por satisfecho.

—No has pensado mal—dijo San José, bajando sus ojos porque su Esposa no los viera arrasados de lágrimas.

—¡Adiós, esposo mío!—dijo María al despedirle.—El Dios de Abraham te acompañe y su ángel te dirija.

—¡Adiós, dulce Esposa mía! Procuraré volver pronto.

Y marchó el Santo con la mitad del dinero y el manto nuevo que María le regalara en el día de su boda.

II

—¡Nada! Está visto—se decía el humilde carpintero caballero sobre una asna—; el hombre vive en el mundo para sufrir, y ¡claro! así había de ser; porque si no muchos se engañarían creyendo que esto es la Patria, no siendo más que un destierro, en el que todos padecen, los buenos y los malos, los ricos y los pobres. Cuando vayamos a la Patria se acabará toda pobreza, todo trabajo, todo dolor, toda pena.... ¡Oh qué hermoso es el cielo!....

—Y dirigía sus miradas al azul del firmamento.

—¡Dios te guarde, Ismael!—dijo el Santo cortesmente al llegar a la presencia del dueño de los troncos contratados.

—¿Vienes ya por la madera?— fue la contestación al saludo de José.—¡Bien podías haber venido antes! En poco ha estado que te quedes sin ninguna.

Ismael tenía mal genio; era un avaro sin entrañas; en su casa no había visto nunca la paz, su pasión era el dinero, y todo esto lo conocía José desde que le estaba tratando, por lo cual podemos presumir la poca confianza y el miedo que había de tener de declarar el estado de su bolsillo.

Escogió los maderos, apartólos a un lado, y cuando ya iba a partir para Nazaret, llegado el momento supremo, llamó aparte a Ismael y le habló de esta manera:

—Dispénsame que no traiga más que la mitad del dinero. Tú sabes que siempre te he pagado al contado. Espérame ahora y ten paciencia, que te pagaré hasta el último cuadrante. Quédate con esta capa en rehenes.

Ismael hizo un gesto de desagrado. Quiso que sólo se llevara la mitad de los troncos. Protestó y volvió a protestar de tal manera, que estuvo en poco que se desbaratara el contrato; pero al cabo cedió, aunque no de muy buen grado, quedándose con el manto de boda de San José.

III

El avaro Ismael tenía enfermos los ojos hacía tiempo con úlceras, y a pesar de los médicos y medicinas y de los muchos dineros que había gastado en las principales ciudades de Siria, Judea, Samaria y Galilea, no había logrado la salud apetecida. Cuando no eran los dos ojos, tenía enfermo uno. Casi había perdido la esperanza de sanar, por lo cual se llenó de sorpresa a la mañana siguiente, cuando se encontró que sus ojos estaban sanos, completamente sanos, como si nunca hubiesen padecido.

—¿Qué es esto?—se decía—Ayer enfermos, con úlceras incurables, según opinión de los médicos, y ¿hoy sanos, sin medicina ninguna?

No dio Ismael con la causa, y al llegar a su casa, contó a su esposa el prodigio.

Eva, que así se llamaba ésta, era un verdadero basilisco; tenía un genio de fiera, y desde que se había casado con Ismael jamás había tenido paz, ni dicha, ni tranquilidad, ni gusto en el matrimonio. Pero aquella noche estaba hecha una oveja. ¡Qué dulzura en sus palabras! ¡Qué mansedumbre! ¡Qué alegría en su rostro, antes sombrío y arrugado por la ira!

—¿Qué es esto? ¿Que variación es esta? ¿Quién ha obrado este cambio?—se preguntaba a sí mismo el esposo.

—Tóma este manto y guárdalo por ahí—le dijo a Eva—; es de José, el carpintero de Nazaret, y ha de venir a llevárselo.

IV

Aquella noche eran felices en aquella casa. El ángel de la paz había entrado en ella. Ismael sintió remordimientos de su mala vida pasada, y se determinó a dar a los pobres más de lo que les había defraudado.

Sentíase caritativo, piadoso, inclinado al bién. A los pocos días no se hablaba de otra cosa en todos los pueblos vecinos. Era un cambio tan brusco, que todos lo notaron. De usurero, se hizo limosnero; de avaro, se hizo generoso. Los asuntos de la casa marchaban viento en popa, como suele decirse. Deudas que él tenía por incobrables, las cobró en aquellos días. ¿Cuál era la causa de todo esto? ¿Si será el manto del Carpintero?

Esto pensó una noche, después de encomendarse a Dios y rezar sus devociones.

—Eva—dijo a su mujer,—¿no te admira a ti el cambio que ves en nuestras personas, en nuestra casa, en nuestros negocios?

—Sí lo noto—contestó—; pero no acierto con la causa.

—¿Será acaso el manto del Carpintero?—dijo el esposo.—Desde que lo puse sobre mis hombros para traerlo, estoy sintiendo en mí tal mudanza, tales efectos y tales deseos, que no puede ser otra causa.

Oyeron ruido en el establo, y cortando la conversación tiróse del lecho Ismael y acudió a ver lo que era.

Una vaca, la mejor, la más gruesa, retorcíase en el suelo presa de un dolor horrible. ¡Pobre animal! A pesar de los remedios que ambos esposos le prodigaron, no se mejoraba; al contrario, parecía que iba a expirar.

Acordóse Ismael de la capa de José, comunicó a Eva el pensamiento. Nada perdían. Pero si la vaca sanaba, ella era la causa de su dicha y del bienestar que disfrutaban.

Ponerle al animal la capa y levantarse del suelo, donde se retorcía por la fuerza del dolor, todo fue obra de un instante. La vaca se puso a comer, como si nada hubiese pasado.

—¿Lo ves? –dijo Ismael—Este manto es un tesoro. Desde que él está en nuestra compañía somos felices. Conservemos esta prenda de los cielos, no nos desprendamos de ella, ni aunque nos dieran todo el oro del mundo.

—¿Ni al dueño mismo se la devolveremos? dijo Eva.

—¡Ni al mismo dueño!—contestó resueltamente.

—Entonces—dijo Eva—le compraremos otra mejor que ésta, en el mercado de Jerusalén, y si te parece bien, iremos los dos a llevársela.

—Sí—contestó el marido.— Yo le perdono la deuda, además, y estoy dispuesto a darle de aquí en adelante la madera que necesite.

—¿No has dicho que tiene un hijo llamado Jesús?—preguntó Eva.—Le llevaré de regalo un par de corderos blancos y un par de palomas como la nieve, y a María, aceite y miel. ¿Te parece bien, esposo mío?

—Todo me parece bien—contestó.—Mañana iremos a Jerusalén, y desde allí a Nazaret.

Cuando estaban los camellos preparados para el viaje, llegó jadeante el hermano menor de Ismael, diciendo que la casa de su padre estaba ardiendo y había que llevar la capa del Carpintero con el fin de apagar el incendio.

No había tiempo que perder. Los dos hermanos corrieron precipitadamente a la casa del padre, y al llegar, cor-

tan un pedazo del milagroso manto, y arrójanlo al fuego. No hubo necesidad de derramar una sola gota de agua; aquello fue bastante para atajar el incendio y apagarlo. Las gentes se admiraron al ver el prodigio y bendijeron al Señor.

¿Qué—preguntó Eva al verlos llegar,—se ha apagado el fuego?

—Sí—contestó el esposo, lleno de satisfacción—; un pedazo del manto ha bastado para realizar el milagro.

V

Un día bajáronse de sus camellos a la puerta del Carpintero de Nazaret Ismael, el antiguo usurero, y Eva, su esposa, que venían llenos de humildad a postrarse a los pies de José y María y a hacerle varios regalos.

Estos creyeron que vendrían reclamando la deuda y se llenaron de tristeza, porque aún no tenían el dinero reunido.

Al entrar en la casa donde José, María y el Niño Jesús estaban, pusiéronse ambos de rodillas, y tomando la palabra Ismael, dijo:

—Venimos mi esposa y yo a darte las gracias por los inmensos bienes que hemos recibido del cielo desde que me dejaste el manto en rehenes, y no nos levantaremos de aquí sin obtener tu consentimiento de quedarnos con él para que siga protegiendo mi casa, mi matrimonio, mis intereses y mis hijos.

—¡Levantaos!—dijo José, tendiéndoles las manos para ayudarles.

—¡Oh santo Profeta!—respondió Ismael.—Permite hablar a tu siervo de rodillas y escucha estas palabras: Yo estaba enfermo de los ojos, y por medio de tu manto se han curado; era usurero, altivo, rencoroso y hombre sin entrañas, y me he convertido a Dios; mi esposa estaba dominada por la ira, y ahora es un ángel de paz; me debían grandes cantidades, y las he cobrado todas sin costarme

trabajo alguno; estaba enferma la mejor de mis vacas, y ha sanado de repente; incendióse, en fin, la casa de mi padre, y se apagó el fuego instantáneamente, al arrojar en medio de las llamas un pedazo de tu manto.

—¡Loado sea Dios por todo!—dijo bajando los ojos el Santo Carpintero.—Levantaos, que no está bien que estéis de rodillas delante de un hombre tan miserable como yo.

—Aún no he terminado—respondió Ismael. Tú no eres un hombre como los demás, sino un santo, un profeta, un ángel en la tierra. Te traigo un manto nuevo, de los mejores que se tejen en Sidón; a María, tu Esposa, le traemos aceite y miel, y a Jesús, tu Hijo, le regala mi esposa un par de corderos blancos y un par de palomas más blancas que la nieve del Líbano. Aceptad estos pobres obsequios, disponed de mi casa, de mis ganados, de mis bosques, de mis riquezas, de todo lo que poseemos, y.... ¡no me pidáis vuestro manto!

—¡Quedaos con él enhorabuena! dijo el Santo Carpintero, y gracias, muchas gracias por vuestros ofrecimientos y regalos.

Y mientras se levantaban del suelo y acercaban los presentes, díjoles María:

—Sabed, buenos esposos, que Dios ha determinado bendecir todas aquellas familias que se pongan bajo el manto protector de mi Inmaculado Esposo. No os extrañen, pues, los prodigios obrados; otros mayores veréis: amad a José, servidle, guardad el manto, divididlo entre vuestros hijos, y sea esta la mejor herencia que les dejéis en este mundo. . . . . .

VI

Y es fama que los esposos guardaron fielmente los consejos de María y fueron siempre felices, lo mismo que sus hijos y los hijos de sus hijos.

JAVIER DINOMOL, M. C.

ROMA

El día de la fiesta de San José (marzo de 1916) murió en Roma el Emmo. Cardenal Gotti. El insigne purpurado fue muy querido de cuantos tuvieron el honor de tratarlo: distinguiase por su singular modestia, celo apostólico y profundo saber. Nació en Génova el 29 de marzo de 1834; ingresó en la Orden de Carmelitas Descalzos en 1858 con el nombre de Fray Jerónimo de la Inmaculada Concepción. Llegó a ser Superior General de esta Orden. A la hora de la muerte renovó sus votos de religión. Creado Cardenal por León XIII en 1895, fue Prefecto de la Congregación de Propaganda Fide, y tuvo parte en la del Santo Oficio, en la de Religiosos, en la Consistorial, del Indice y de Ritos. Pertenecía a la Comisión de Codificación de derecho canónico, y era protector de muchos institutos religiosos.

La Cruzada en favor de los moribundos

Se halla establecida con este nombre en Roma y bajo la protección de San José, una Cofradía cuyo fin principal es socorrer con oraciones a los moribundos. La Cofradía no impone sino la obligación de invocar diariamente al casto esposo de la Santísima Virgen, para pedir por intercesión de él al Señor se apiade de los agonizantes que cada día pasan a la eternidad. El Padre Santo Benedicto XV acaba de ingresar a dicha Cofradía, en la que se inscribió también el angelical Pío X. El centro de la Cofradía se halla en la iglesia del tránsito de San José (Puerta triunfal) edificada en memoria del jubileo sacerdotal de Pío X.

DORMITORIO PARA NIÑOS POBRES

El 10 de octubre de 1910 fue fundada, aunque por entonces de una manera precaria y con escasos elementos, una obra destinada a albergar por la noche a los niños pobres o huérfanos que vagaban por las calles de la ciudad, sin ocupación, sin medios de sostenerse y en tan grande miseria, que los más de ellos se veían en la necesidad de refugiarse en lugares peligrosos o de dormir a la intemperie.

La Sociedad de San Vicente de Paul prestó apoyo a esta obra, la cual, después de algún tiempo, adquirió estabilidad suficiente para gobernarse por sí propia bajo la dirección de sus fundadores, los señores Pbro. D. D. Emilio Valenzuela Balén, y D. Santiago Grajales.

Varias personas de reconocida honorabilidad mostraron decidido interés por la obra y la auxiliaron eficazmente. Cuando la casa, pequeña y desacomodada (calle 10, número 87) en donde empezó el dormitorio fue insuficiente para el número siempre creciente de niños que solicitaban ser admitidos allí, el dormitorio fue trasladado a un local de la carrera 5.ª, más amplio y mejor situado, en donde los asilados gozaron de mayores cuidados y el Director pudo implantar mejor la disciplina y organizar la instrucción primaria de sus favorecidos. Tan halagüeños resultados no colmaron las aspiraciones de éste, y a poco tiempo determinó trasladar nuevamente a otra parte el dormitorio. Por entonces el señor D. José Tamayo ofreció para tal objeto una casa de su propiedad, situada en la carrera 5.ª, con la condición de que se le diera una renta vitalicia. La propuesta fue aceptada por el Dr. Valenzuela, y el 18 de octubre de 1912 los niños ocuparon

la casa del señor Tamayo, adaptada ya para el servicio a que se la destinaba. Pero como la obra continuaba cobrando incremento, esta casa llegó también a ser insuficiente: entonces, con dinero procedente de una cuantiosa donación hecha por el señor D. Marcelino Hurtado y obtenido por los buenos oficios del señor Dr. D. José Vicente Concha y del señor Dr. D. José María González Valencia se adquirió la propiedad de otra casa contigua a la primera y quedó establecido definitivamente allí el dormitorio. La conservación y el mejoramiento de él han costado ingentes sumas de dinero, pero la simpatía con que la sociedad bogotana ha mirado el establecimiento, no ha dejado defraudadas las esperanzas de su fundador.

La Municipalidad de Bogotá auxilia periódicamente el dormitorio, y el Poder Ejecutivo le concedió personería jurídica.

En el año 1913 se construyó allí mismo un amplio y hermoso salón para funciones de cinematógrafo; al año siguiente se puso al servicio del público y desde entonces ha sido frecuentado por lo más selecto de la sociedad de Bogotá.

La Dirección del dormitorio trabaja activamente para facilitar ocupación u empleo a los niños, y, además, ha establecido talleres para el aprendizaje de artes manuales.

En los seis años que cuenta de existencia el dormitorio, han sido recibidos más de mil niños, de los cuales han sido colocados convenientemente más de ciento.

La Dirección del dormitorio está compuesta del siguiente personal:

Director, el señor Pbro. Dr. D. Emilio Valenzuela B.

Subdirector, el señor D. Santiago Grajales.

Inspector, el señor Pbro. Dr. D. Luis Gómez Brigard.

Secretario, el señor D. Juan de Dios Bravo.

Tesorero, el señor D. Daniel Merizalde.

Consejeros, los señores Andrés Marroquín y Tomás Brigard.

El secreto de María

(Continuación)

FRUTOS DE ESTA DEVOCION

Infinitamente más de lo que aquí te digo, te enseñará la experiencia; y tántas riquezas y gracias hallarás en esta práctica, si eres fiel en lo poco que aquí te enseño, que te quedarás sorprendido y con el alma llena de júbilo. Trabajemos, pues, alma querida, y hagamos de manera, que por la fiel práctica de esta devoción, el alma de María sea con nosotros para alegrarnos en Dios su Salvador. Palabras son éstas de San Ambrosio: *Sit in singulis anima Mariae ut magnificet Dominum, sit in singulis spiritus Mariae ut exultet in Deo.* No vayáis a creer que fuera mayor felicidad habitar en el seno de Abraham, que se llamaba el paraíso, que en el seno de María, en que el Señor puso su trono. Son palabras del sabio Abad Guerrico: *Ne credideris majoris esse felicitatis habitari in sinu Abrahae, qui vocabatur Paradisus, quam in sinu Mariae, in quo Dominus posuit trhonum suum.*

Infinidad de efectos produce en el alma esta devoción fielmente practicada; pero el principal es hacer que de tal modo viva María en una alma de la tierra,

que no sea ya más el alma quien vive sino María en ella; porque, por decirlo así, el alma de María viene a ser su alma. Pues, cuando por una gracia inefable, pero verdadera, la divina María es Reina del alma, ¿qué maravillas no hace en ella? Como es Ella la obradora de grandes maravillas, sobre todo dentro de los corazones, trabaja allá, a escondidas del alma misma: que si se diera cuenta de esas obras, echaría a perder su hermosura. Como María es donde quiera la Virgen fecunda, en todas las almas en que vive hace brotar la pureza de corazón y de cuerpo, la pureza de intenciones y designios y la fecundidad de buenas obras. No creas, alma querida, que María, la más fecunda de las puras criaturas, la que llegó hasta el punto de producir un Dios, permanezca oculta en un alma fiel. Ella sin cesar hará vivir el alma para Jesucristo y hará vivir a Jesucristo en el alma. *Fioli mei, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis* (ad. Col. 19). Si, como lo fue al nacer en el mundo, es Jesucristo fruto de María en cada una de las almas; sin duda que en aquellas donde particularmente ella habita, es Jesucristo fruto y obra suya. En fin, que para estas almas María viene a serlo todo, después de Jesucristo. Ella esclarece el espíritu con su fe pura, ella profundiza el corazón con su humildad, ella con su caridad le acrecienta y le abrasa, ella le purifica con su pureza, ella le ennoblece y ensancha con su maternidad. Pero, ¿a dónde voy a parar? No hay modo de enseñar, si no se experimentan estas maravillas de María, maravillas increíbles a las gentes sabias y orgullosas, y aun al común de los devotos y devotas.

Así como por María vino Dios al mundo la vez primera en humildad y anonadamiento, ¿no podría también decirse que por María vendrá segunda vez, como

toda la Iglesia le espera, para reinar en todas partes y juzgar a los vivos y a los muertos? Cómo y cuándo, ¿quién lo sabe? lo que yo sé es, que Dios, cuyos pensamientos se apartan de los nuéstros más que el cielo de la tierra, vendrá en el tiempo y en el modo menos esperado de los hombres, aun de los más sabios y entendidos en la Escritura Santa, que está en este punto muy oscura. Pero todavía debe creerse, que al fin de los tiempos, y tal vez más pronto de lo que se piensa, suscitará Dios grandes hombres, llenos del Espíritu Santo y del espíritu de María, por los cuales esta divina Soberana hará grandes maravillas en la tierra, para destruír en ella el pecado y establecer el reinado de Jesucristo su Hijo, sobre el del corrompido mundo: y por medio de esta devoción a la Santísima Virgen, que no hago más que describir a grandes rasgos, empequeñeciéndola con mi miseria, estos santos personajes saldrán con todo.

(V. M.—c. 10-12).

PRACTICAS EXTERIORES DE ESTA DEVOCION

Además de la práctica interna de esta devoción, hay otras externas, que no se deben omitir ni despreciar.

La primera es entregarse, en algún día señalado, a Jesucristo, por manos de María, cuyos esclavos nos hacemos; comulgar al efecto este día y pasarlo en oración. Y esta consagración ha de renovarse a lo menos todos los años en el mismo día.

La segunda, dar todos los años, en el mismo día, un pequeño tributo a la Santísima Virgen, en testimonio de servidumbre y dependencia: tal es siempre el homenaje de los esclavos para con sus señores. Consiste, pues, este tributo, en alguna mortificación, o li-

mosna, o peregrinación o en algunas oraciones. El bienaventurado Marín, según testifica su hermano San Pedro Damiano, tomaba todos los años en el mismo día, disciplina pública delante de un altar de la Santísima Virgen. No pido ni aconsejo este fervor; pero ya que no se dé mucho a María, debe al menos ofrecerse lo que se le presente con muy humilde y agradecido corazón. (V. M.—2.ª P., p.-211).

La tercera es celebrar todos los años con devoción particular la fiesta de la Anunciación, que es la fiesta principal de esta devoción, establecida para honrar e imitar la sujeción en que el Verbo eterno por amor nuéstro se puso.

La cuarta práctica externa es rezar todos los días (sin que haya obligación, bajo pena de pecado, por faltar a ello), la coronilla de la Santísima Virgen, compuesta de tres Padrenuestros y doce Avemarías; rezar frecuentemente el *Magnificat*, que es el único canto que tenemos de María, para dar gracias a Dios por sus beneficios y para atraer otros nuevos; sobre todo no se ha de dejar de decir después de la Sagrada Comunión, para dar gracias, como, según opina el sabio Gersón, la Santísima Virgen lo decía.

(V. M.—2.º P., p.-252).

(*Continuará*)

REPUBLICA DE COLOMBIA—(BOGOTÁ)

LA IGLESIA

Organo oficial de la Arquidiócesis de Bogotá

Año XI. Vol. XI. Julio 15 de 1916. Números 11 y 12

PASTORAL

NOS BERNARDO HERRERA RESTREPO

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo de Bogotá, Primado de Colombia, Prelado Doméstico de Su Santidad, Asistente al Solio Pontificio, etc.

Al venerable clero secular y regular y a todos los fieles de nuestra Arquidiócesis. Salud y bendición en Nuestro Señor Jesucristo.

La solemnidad, con que cada año nuestra santa madre la Iglesia tributa homenajes especiales de culto y devoción a la Reina del cielo y de la tierra, MARIA SANTISIMA en su advocación del CARMEN, nos ofrece nueva ocasión, carísimos hermanos, para invitaros a que deis en esta vez mayores pruebas de fervor y devoción hacia aquella a quien con tánta razón, invocamos de continuo como *vida, dulzura y esperanza nuéstra*. Es vida, pues por Ella recibimos de Cristo Redentor todas las gracias, así para mantenernos en pureza y santidad, como para recobrar la amistad de Dios perdida o menoscabada por el pecado; y para alcanzar la eternidad bienaven-